

## TE DARÉ LA TIERRA

Chufó Llórens

Primera parte

Pasión e inocencia

1

La jauría

Condado de Gerona, mayo de 1052

Caía la tarde. Un grupo formado por cinco jinetes adustos y malhumorados cabalgaba por una vereda bordeada de hayas que separaba el condado de Ampurias del de Gerona. De su aspecto se deducía a la legua que no eran cazadores avezados, sino un puñado de mercenarios de los que tanto abundaban por aquellos pagos, dispuestos a alquilar su espada a cualquier señor que quisiera recurrir a aquel tipo de tropa para invadir una marca o disputar un predio al conde vecino. Habían partido muy de mañana para matar el tedio, con la idea de que asaetear un venado o cazar un gorrino salvaje sería una tarea mucho más sencilla que degollar a un prójimo en una batalla. Sin embargo, su inexperiencia los delataba: no tenían en cuenta la dirección del viento ni sabían moverse por la espesura sin partir ramas o hacer ruidos innecesarios, por lo que la cacería había resultado un fiasco. De manera que, agotados, hambrientos y ariscos, regresaban a Gerona con la sospecha de que, desde el interior de la floresta, ciervos, ardillas, jabalíes y urogallos se mofaban de ellos y proclamaban a gritos su falta de pericia.

De repente, el que parecía mandar la tropa alzó la diestra para detener al grupo. El segundo, un gigantón barrigudo de poblados bigotes, se aproximó hasta él.

—¿Qué es lo que ocurre, Wolfgang?

El así llamado señaló hacia delante y replicó:

—¡Gente!

A una indicación del jefe, todos desmontaron y siguieron a pie, sujetando a los caballos por el roncal. Poco después, percibieron olor a humo. Se pararon en un claro del bosque y, tras atar los caballos a los árboles, avanzaron agachados y, ahora sí, poniendo mucho cuidado en no desmochar una rama, ni emitir sonido alguno. Cuando llegaron al límite de la floresta, detuvieron sus pasos y se dispusieron a observar. La escena les alegró los ojos: presentían que la fracasada partida de caza podía tener un final feliz. Ante ellos se

alzaba una cuidada masía de cuya chimenea salía humo; sus habitantes estaban plenamente ocupados en las faenas del campo. Dos hombres dedicaban sus esfuerzos a herrar un percherón de hermosa planta. Estaba el animal atado por la brida a un gancho de la pared. El más joven sujetaba su pata posterior izquierda y la mantenía doblada para facilitar al otro la operación, mientras el viejo, ataviado con un mandil de cuero, golpeaba con un mazo las cabezas planas de los clavos tratando de fijar la herradura al casco del noble animal. A la derecha, una niña provista de un pequeño látigo azuzaba a un asno que, con los ojos vendados, recorría indolente el eterno camino que rodeaba la noria. En la era, una anciana cardaba lana en una rueca mientras otra mujer, en avanzado estado de gestación, tamizaba granos de trigo en un gran cedazo, removiéndolo al compás del vaivén de sus caderas.

La voz del tal Wolfgang sonó contenida.

—Gunter, ¿estás viendo lo mismo que yo?

—Diría que sí, y se me ocurre que tal vez todavía podremos salvar la jornada. ¿Te das cuenta de cómo mueve el culo la muchacha?

—Habrá tiempo para todo. Di a Ricardo que venga.

El llamado Gunter se giró y, con un gesto breve que indicaba premura y silencio, reclamó la presencia de uno de los dos compinches que seguían acuclillados detrás. Éste obedeció en absoluto silencio.

Cuando el primero lo sintió a su lado, preguntó:

—¿Tienes lista la ballesta?

—Siempre la tengo, Wolfgang.

—Observa bien y dime, ¿eres capaz desde aquí de hacer blanco en el hombre que sujeta la pata del animal?

—¿Te refieres al más joven?

—A ese mismo.

—¿Puedo ponerme en pie?

—Sin salir de la espesura y cuando yo dé la orden.

El individuo midió la distancia con la vista, tomó la ballesta y, tras extraer una flecha del carcaj, la colocó en el mecanismo y tensó la cuerda.

—Dalo por muerto.

—No esperaba menos de tu pericia.

En un susurro, impartió órdenes a los otros tres.

El plan era sencillo y la sorpresa constituía un factor primordial. La finalidad: la rapiña de animales y bienes y, si además podían proporcionarle un regocijo al cuerpo, mejor que mejor. Tal vez así pudieran olvidar la aciaga jornada de caza.

Cuando comprobó que todos habían ocupado sus posiciones, el tal Wolfgang dio la señal. El arquero se puso en pie, apuntó la ballesta y apretó el gatillo. Un silbido atenuado rasgó la paz del momento y, ante la sorpresa del hombre mayor, el más joven cayó al suelo en tanto una gran mancha de sangre empapaba su camisa. Un concierto de ladridos sacudió el crepúsculo.

Los soldados se apresuraron a salir de la espesura. La mujer mayor, aterrada, soltó la rueca y se puso en pie sin saber qué hacer; la preñada acudió corriendo junto a su

marido, y apoyando la inerte cabeza contra su pecho, se dirigió a la niña a gritos: «¡Huye, María, huye!». El cloqueo ensordecedor de las gallinas que corrían enloquecidas por la era se unió a los balidos asustados de los corderos desde el aprisco. Uno de los hombres se abalanzó sobre la criatura a fin de sujetarla y ésta, con el rebenque con el que azuzaba al pollino, le atizó un tremendo fustazo en la cara y salió corriendo hacia el bosque. El gigantón apartó a la mujer mayor, apoyó el extremo afilado de una daga en el gaznate del hombre del mandil y, con un raro acento, exclamó: —Vamos a estarnos quietos. Si colaboráis, nos iremos pronto y seguiréis con vida; en caso contrario, no viviréis para contarlo.

—Y, dirigiéndose al que parecía mandar al grupo, añadió—: ¿Qué hacemos ahora, Wol...?

La voz del tal Wolfgang le interrumpió con furia.

—¡Imbécil! ¡Te he dicho mil veces que no me nombres!

El otro farfulló un «lo lamento».

En ese momento, un inmenso can, cruce de mil razas, que estaba alejado vigilando el vallado de las yeguas preñadas, salió de la espesura y se abalanzó sobre el balletero. Le agarró el brazo derecho con sus poderosas fauces y sacudió la cabeza, como si intentara arrancárselo de cuajo. El llamado Wolfgang se acercó por detrás y, de un certero tajo, rebanó el pescuezo del perro. Los gritos del hombre herido se mezclaron con los alaridos de la niña, que pataleaba desesperada en brazos de su captor, que lucía un costurón cárdeno en el rostro, consecuencia del fustazo. Wolfgang ordenó:

—La preñada y la cría al pajar. Llevad al hombre adentro para que os muestre el ladrillo bajo el que oculta sus ahorros. No le hagáis daño si no es necesario. Y encerrad a la vieja con él.

El grupo se separó: Gunter y Ricardo, el arquero, que intentaba contener la sangre que manaba de su maltrecho brazo con un trapo, se dirigieron a la vivienda, mientras Wolfgang y los otros dos individuos arrastraban a la embarazada y a la niña al interior de la cuadra. En cuanto los primeros cruzaron la puerta, el viejo fue conminado a entregar sus ahorros.

—Habéis matado a mi hijo, que era el único tesoro de esta casa. Lo que veis es lo que hay, llevaos todo y dejadnos en paz. Mi nuera está embarazada.

—¡Maldito hijo de perra! ¿Nos tomas por imbéciles? ¡Muestra el ladrillo donde guardas tus ahorros o sabrás lo que es la ira de un normando!

—Os repito que nada tengo.

—¡Ya verás como haces memoria!

Y, tras pronunciar su amenaza, el llamado Gunter rasgó el corpiño de la mujer, dejando al descubierto sus pálidas carnes.

El hombre, que en sus años mozos debió de ser un individuo fornido, se encaró con el ultrajador de su mujer, pero el balletero derribó al campesino de un golpe de azada en la espalda. La mujer chillaba despavorida. El otro se ensañó con el caído y comenzó a golpearlo sin pausa ni medida hasta reducir su cabeza a un amasijo de sangre y carne.

—Condenados avaros, prefieren perder la mujer y la vida antes que soltar los dineros.

El llamado Ricardo, aún con el mango del azadón en la mano, resollaba debido al esfuerzo.

—Atad a la mujer a la silla y vayamos a ver qué decide el jefe.

—Ve pasando, yo me quiero dar un homenaje.

—¿Con ese saco de huesos?

—Ya sabes lo que dice el refrán: «Gallina vieja hace buen caldo». Además, en tiempos de penuria, malo es tener remilgos. ¡En peores puestos he hecho guardia!

La mujer sollozaba en un rincón.

—Allá cada cual con sus regodeos. De cualquier manera no te demores, aún hemos de recoger el botín.

Gunter salió y dirigió los pasos a la cuadra. Cuando llegó, sus ojos divisaron una estampa que, no por conocida, resultaba menos estimulante.

La mujer preñada, arrodillada en el suelo, suplicaba a Wolfgang.

—¡No hagáis daño a la niña! ¡Apenas tiene doce años y es virgen! ¡Tomadme a mí, por caridad!

—Eres poca hembra para todos. Además, así el hombre que la despose estará satisfecho: se la ahormaremos para que pueda gozarla mejor.

Y comenzó a desabotonarse los calzones.

Tiempo después salieron de la masía los cinco forajidos llevando colgados del arzón de sus cabalgaduras dos sacos llenos de gallinas y conejos descabezados. Atrás quedaba un rastro de fuego y horror: dos muertos y tres mujeres mancilladas. Una de ellas, de apenas doce años, quebrada en el suelo del pajar, era consolada por su madre, que le acariciaba el pelo lleno de barro, paja y sangre.

2 Ermesenda de Carcasona

Gerona, mayo de 1052

as voces que resonaban a través de las gruesas paredes atronaban el espacio. Ermesenda de Carcasona —señora de Gerona, viuda de Ramón Borrell, conde de Bar

celona, y auténtica condesa por derecho propio— era famosa por los estallidos de su temible genio cuando algo la contrariaba. Ante su presencia, el gigantesco Roger de Toëny, a cuyo cargo estaban las huestes que defendían la plaza, aparecía encogido, cual infante sorprendido hurtando el cuenco de las frambuesas.

—El hecho de que seáis mi yerno no sólo no os autoriza a cometer desafueros, sino que, muy al contrario, os obliga a dar ejemplo. Y, en cambio, vuestra inoperancia parece otorgar una especie de beneplácito a los desaguisados y tropelías que comete día sí y otro también la chusma que tenéis a vuestras órdenes.

El jefe de las compañías normandas que acampaban en los alrededores de la capital estaba en pie con el yelmo apoyado en el antebrazo. El cimbreante penacho que adornaba la celada denotaba la nerviosa actitud del guerrero, poco acostumbrado a encajar rapapolvos de nadie.

—Veréis, señora, no es fácil dominar a mesnadas de hombres curtidos que se aburren en cuanto no guerrear y que, al no tener dineros para sus dispendios, se arrogan a veces el derecho de

tomarse lo que desean por su cuenta. Hace ya tiempo que se repartió el último botín, y la inactividad, en lugar de relajarlos, sólo los encrespa.

—¿Queréis decirme que prefieren la guerra a la molicie y a la buena vida que llevan en mis tierras? —preguntó a gritos la condesa.

—Señora, intentad comprender: son guerreros... ¿Qué otro oficio les cuadra más que el que han escogido? —dijo Roger de Toëny, intentando aplacar los ánimos de la dama.

—La tarea de tenerlos entretenidos es responsabilidad vuestra. Podéis proporcionarles saltimbanquis, encantadores de serpientes o volatineros, pero sabed que no voy a consentir que ocurran hechos como los de la otra tarde. Mis súbditos deberían estar protegidos por esa horda de salvajes... ¡Y en su lugar se ven obligados a guardar sus bienes bajo siete llaves y a encerrar a sus mujeres en sus casas!

—Entiendo vuestro sentir, pero mal puedo yo prever que unos hombres hartos de vino, forzados por la inactividad y faltos de mujeres, cometan de vez en cuando alguna picardía.

—¿Osáis llamar picardía a asaetear a un hombre, apalear a otro hasta la muerte y violar a las mujeres que habitaban el dominio, una de ellas, por cierto, de sólo doce años? Tened por seguro que, si no sois capaces de mantener a raya a estos bellacos malnacidos, lo tendré que hacer yo... ¡Y a fe mía que no dudaré en hacerlo!

El normando permaneció en pie como quien aguarda algo.

—Os diré lo que vais a hacer —prosiguió la condesa—. Averiguaréis quiénes han sido los autores de esta honrosa gesta y cuando los descubráis los colgaréis en la horca que montaréis en el campo de armas en presencia de toda la tropa, para escarmiento de osados y aviso para rebeldes.

Roger de Toëny dibujó en sus labios una torcida sonrisa.

—Y decidme, señora: ¿de verdad creéis que alguno de mis hombres va a delatar a un compañero de armas?

—¿Me tenéis acaso por estúpida? ¡Me importa un comino si lo hacen o no! Si no aparecen los culpables, colgad a dos de los más significados y asunto concluido. Os diré la verdad: prefiero que ca

llen. Así sabrán que nadie tiene la cabeza segura sobre su cuello. Espero que no ocurran más hechos lamentables, pero si así fuera ya veréis cómo salen rápidamente los nombres de los autores del desafuero.

—Pero, señora —protestó el normando—, van a pagar justos por pecadores.

—Decidme entonces, si hiláis tan fino, qué culpa tenían mis agraviados súbditos. Si necesitáis justificaros ante vuestros capitanes atribuid el hecho a una... «picardía» de la vieja condesa.

Un sonoro silencio se instaló entre ambos personajes. El guerrero recuperó la compostura, estiró su inmenso corpachón y, tras una leve inclinación de cabeza, salió de la estancia a grandes zancadas. A sus espaldas resonó la voz de la vieja Ermesenda.

—En cuanto a vos, mejor haríais en acudir alguna vez al lecho de Estefanía en lugar de consumir las noches en francachelas con vino y dados. Mi hija es tonta de tan buena... ¡Conmigo deberíais haber topado!

El señor De Toëny no pudo reprimirse y, antes de abrir violentamente las hojas de la

puerta de entrada, giró rápidamente sobre sus talones de forma que el penacho de su casco se balanceó a uno y otro lado, y desde el fondo del salón alzó su poderosa voz que rebotó en las paredes.

—¡Antes muerto, señora! ¡Antes muerto!

Y, dando un sonoro portazo, salió de la estancia.

Cuando se quedó a solas, la vieja condesa tomó su libro de horas, maravillosamente miniado por los expertos dedos de algún monje, que le había regalado su hermano Pere Roger, obispo de Gerona, y se dispuso a leer. Vano intento: su mente deambulaba inquieta por los parajes de su apasionada vida y no le permitía concentrarse. Se levantó de su sitio y, dirigiéndose a un pequeño canterano que ocupaba uno de los rincones de la estancia, tomó de su interior una frasca y se sirvió una generosa ración de un licor de cerezas que ella misma se ocupaba de destilar en un cuartito cercano a la bodega provisto de alambiques y redomas. Luego se instaló junto a un ventanal lobulado de dos cuerpos, en un sillón de tijera de noble madera taraceada y elegante cuero repujado, sujeto a la

madera con tachuelas de brillante latón, y dejó que su mente divagara, decidida a defender, a costa de lo que fuera, los derechos de su esposo Ramón Borrell sobre los condados de Gerona y Osona como gabela de esponsales.

Corría entonces el año de gracia de 992. La legación barcelonesa que acompañó a Ramón Borrell a Carcasona era en verdad llamativa. Los nobles a caballo escoltaban las carretas, engalanadas con guirnaldas de flores, donde viajaban las damas. Destacaban los arreos de las caballerías, relucientes los resaltes de metal y lustrado el cuero de las guarniciones, y las blancas acaneas de los clérigos. Las puntas de las lanzas de los soldados parecían hechas de plata pura, los atabales y la trompetería atronaban el espacio: los timbaleros llevaban el compás y los clarines lanzaban sus acordes al aire, mientras flameaban sus banderolas. La comitiva podía competir en gala y donosura con la de cualquier monarca de la tierra. El buen pueblo, en prietas hileras a pie de calle y desde las ventanas, agitaba palmas y aplaudía asombrado, lanzando a su paso una cascada de pétalos de rosa. El pelirrojo señor que presidía aquel majestuoso cortejo iba a desposar a su joven condesa y esa fecha pasaría a los anales de Carcasona.

En aquella jornada la iglesia mayor le pareció a Ermesenda más solemne que nunca. La nobleza se apretujaba en los ornados bancos, mientras el pueblo se arracimaba junto a las casas, intentando ver el paso de su condesita. Cuando del brazo de su padre traspasó la entrada del templo y oyó las notas del órgano, le pareció que el cielo se abatía sobre su cabeza. A través del tupido velo que cubría su rostro pudo observar sin ser observada al impresionante caballero de largos cabellos rojos que, vestido con una principesca armadura en cuyo peto refulgía un magnífico collar de oro del que pendía un camafeo de coral con el bajorrelieve de un jabalí, la aguardaba a pie firme delante del altar. El tiempo se detuvo y por un instante creyó que volvía a ser la niña que soñaba en su cama con momentos como aquél. Ermesenda llegó hasta él. Su padre la descolgó de su brazo y se instaló a un costado del presbiterio. Tras una reverencia, Ramón Borrell se colocó a su izquierda. De repente la música detuvo sus brillantes acordes y un impresionante silencio se apoderó del templo.

Ermesenda recordaba todos y cada uno de los detalles de la ceremonia. Dos obispos dirigían los oficios: el de Béziers y el de Barcelona, además del deán de Carcasona; una pléyade de importantes clérigos de ambas vertientes de los Pirineos, magníficamente ataviados con albas casullas y mantos bordados en oro, hacían las veces de simples acólitos. El momento culminante llegó, a la manera romana: uno de los ministros le indicó que colocara las manos a modo de cuenco y entonces Ramón Borrell depositó en ellas las arras de plata cuyo simbolismo tan bien conocía. Todo sucedía muy deprisa. Tomaron su mano izquierda, que asomó tímida y blanquísima por la ajustada bocamanga de su traje, y mientras Ramón Borrell introducía la alianza, ella escuchó sus palabras.

—Ego Raimundus Borrellius comes civitatis Barcinonensis, accepto te Ermesenda sicut uxor mea et promisso cavere te, omni perículos, respetare et cautelare vos a malo et esere fidelis in salute et malaltia usque tandem Deus Dominus nostro cridi me al seu costat at finem dels meus dies.\*

Pese a que en aquel momento estaba en juego su destino, la mente de Ermesenda registró un cúmulo de hermosas y sonoras palabras que desconocía pero que, mezcladas con el latín, resonaron alegres dentro de su cabeza. Luego ella hizo otro tanto. Comenzó la música y las campanas iniciaron un volteo sin igual, acompañándola con su solemne y sincopado repique hasta que, junto a su marido, atravesó el rastrillo del castillo de Carcasona, momento en el que las gruesas paredes mitigaron el estruendo.

Descendió del carruaje y, mientras llegaban los invitados, fue conducida en volandas a sus habitaciones donde, junto a su aya, la

\* El autor inventa una lengua romance mezclada con catalán primitivo y latín vulgar para acercarse a la época en la que tal cosa era lo común, pues las lenguas de raíz románicas estaban naciendo. «Yo, Ramón Borrell conde de la ciudad de Barcelona, te acepto como mi esposa y prometo guardarte de todos los peligros, respetarte y preservarte de todo mal y serte fiel en la salud y en la enfermedad hasta que finalmente Dios Nuestro Señor me llame a su lado al fin de mis días.»

aguardaba un ejército de damas y sirvientas que le quitaron el traje que había lucido durante la ceremonia. La perfumaron y, tras peinarla y cambiarle el tocado por una diadema de perlas que había pertenecido a su abuela, la vistieron con un brial de color malva cuyo escote se abría en forma de uve mostrando el nacimiento de sus senos y cuyas mangas volaban en torno a sus brazos como alas de mariposa; después le ciñeron un dorado cíngulo que, ajustado a sus caderas, descendía en ángulo remarcando las curvas de su cuerpo. Al observarse en el bruñido bronce de su espejo, la joven tuvo la impresión de que estaba en cueros vivos.

—Ama, ¿así me he de presentar ante mis invitados?

—Así, niña mía —confirmó el aya en tono cariñoso.

—Pero me siento desnuda... —protestó la joven.

—Una dama casada ha de prometer sin permitir, ha de sugerir sin entregar. Vuestro esposo os ha de ver como mujer, no como niña; si no, esta noche él no sabría cómo trataros.

—¿Qué es lo que me pasará esta noche, ama?

—Lo que dicta natura. No os preocupéis: si mi instinto no me engaña, vais a tener buen maestro.

Ermesenda la miró con ojos de impotencia.

—Pero ama...

—Dejaos llevar, niña mía. Las ovejas se fían del pastor y no preguntan. Venga, poneos esto.

El aya le entregó una liga azul.

—¿Qué es lo que me dais?

—No preguntéis tanto: colocadla sobre vuestra media sin que os vean esas metomentodo. —Y señaló a las tres damas que estaban entretenidas recogiendo el desorden de la cámara—. En mi tierra, la Cerdaña, dicen que augura fortuna; aquí dirán que es brujería.

Ermesenda la miró a los ojos, se descalzó rápidamente de uno de sus escaarpines y se colocó la liga en el muslo, ciñéndose el lazo; luego se bajó la saya, el refajo y después la falda.

—Si me dijerais que me tirara al río lo haría. ¡Os quiero mucho, ama! Si no os pudiera llevar conmigo a Barcelona no me habría casado. Sin vos me siento perdida como una niña en el bosque...

Entonces en su mente se formaba una nebulosa, y las imágenes se sobreponían una sobre otra en un laberinto que la confundía y que, a pesar del tiempo transcurrido, todavía conseguía azorarla.

El salón del banquete en el que se habían reunido los invitados de ambas cortes presentaba un aspecto deslumbrante. La inmensa mesa llegaba a ambos extremos atiborrada de manjares a cuál más opulento y selecto, separados entre sí por gruesos candelabros que iluminaban las succulentas fuentes. Enormes soperas de las que partían aromas exquisitos, bandejas con venados casi enteros ensartados en espetones, pescados traídos de las cercanas costas mediterráneas conservados en hielo y un sinfín de copas preparadas para acoger a los más diversos y afamados caldos de la región. Justamente en el centro de la mesa había cuatro regios sitiales dispuestos para acomodar a sus padres, Roger I y Adelaida de Gavaldà, y a los de su esposo, Borrell II y Legarda de Rouergue; a ambos lados, dos sillas más pequeñas: la de su marido, junto a la de su madre, y la suya junto a la de su recién estrenado suegro. Desde la tribuna los músicos iniciaron a su entrada una alegre tonada. Los condes ocuparon los puestos de honor y los invitados se dispusieron a situarse en los lugares que se les habían asignado, observando un rígido protocolo en función de su categoría y parentesco.

Ermesenda se sintió transportada a su lugar en la gran mesa; recordaba que al principio de la ceremonia ni se atrevía a posar la mirada sobre sus invitados. La cena fue transcurriendo, y las frecuentes libaciones hicieron que cada cual fuera a lo suyo y se entregara al condumio con verdadera fruición. Entonces, y solamente entonces, sus recuerdos se fueron ordenando y las escenas finales de aquella singular velada adquirieron una nitidez notable. Al poco, los brindis y homenajes a la pareja aumentaron, la música elevó el tono y el mundo pareció desentenderse de ella. En toda la velada apenas pudo dirigir una mirada a su esposo, de tal modo que, cuando las

damas vinieron a buscarla para preparar su noche de bodas, a duras penas lo había visto. Las risas, el barullo y el jolgorio eran tan intensos que desbordaban los límites del salón; los criados iban y venían de las cocinas en un continuo tráfico, trayendo y llevando los postres

y, a excepción de su madre, que cruzó con ella una intensa mirada, nadie pareció darse cuenta de que se retiraba. Cuatro dueñas la aguardaban en la entrada de la cámara nupcial. Se abrieron las puertas y Ermesenda se halló ante el lugar donde iba a realizar el acto más importante de su vida hasta entonces. Los artesonados del techo, los tapices que cubrían y sellaban todas las aperturas evitando cualquier posible e indiscreta mirada, los gruesos cortinajes que ocultaban el inmenso tálamo, que tan bien conocía de sus correrías infantiles con su hermano Pere. Allí estaba el motivo de que hubieran bautizado la estancia como el cuarto de la barca: un enorme lecho con dosel, en forma de nave, suspendido sobre cuatro gruesas columnas doradas y al que se debía acceder mediante una escalerilla.

Su ama aguardaba circunspecta junto a la bañera humeante, poseída del importante papel que aquella noche iba a desempeñar en la vida de su pupila. Ermesenda sintió cómo varias manos femeninas le iban retirando los ropajes hasta dejarla en cueros vivos; luego, tras introducirla en la bañera y frotarla, la ungieron con aceites y perfumes traídos de extrañas tierras para arrancar de su piel los humos y olores de los manjares del banquete. Finalmente las damas se retiraron y se quedó a solas con Brunilda, su aya. Ésta recogió su cabellera con peines de concha de tortuga y suavemente le pasó por la cabeza un camisón exquisitamente bordado. Sin más dilación, la condujo frente a un espejo, obsequio de su esposo, traído de tierras musulmanas por mercaderes catalanes, una sola pieza de bruñido metal en la que se reflejaba su cuerpo entero. Ermesenda observó una hendidura vertical, adornada con pasamanería a ambos lados, que se abría en su camisón justamente a la altura de su sexo. Ante su inquisitiva mirada su ama respondió:

—Es bueno que la primera noche la novia se muestre recatada. La abertura permitirá a vuestro esposo yacer con vos sin que medie ofensa; no olvidéis que sois la depositaria del honor de Carcasona. Sólo una barragana se exhibiría desnuda.

—En qué lugar más extraño de mi cuerpo ha depositado su honor Carcasona, ama.

—Así son las cosas, niña mía. No he improvisado nada; todo es como debe ser. Ahora subid al lecho y aguardad. Yo debo retirar

me. Y... no olvidéis que lo que ahora puede ser dolor, mañana será gozo.

Ermesenda dio un beso y un fuerte abrazo a su aya y ascendió la escalerilla de su particular tabernáculo. La buena mujer se retiró tras apagar todos los candelabros, dejando encendida únicamente la palmatoria que iluminaba una imagen sagrada de la Virgen. La niña se quedó sola en la penumbra, aguardando en el tálamo, temerosa y expectante, la llegada de su esposo. Su memoria adornaba el lejano recuerdo con el aroma inmarcesible de la distancia, su mente vagabundeaba y evocó la jornada en la que su madre le habló por vez primera del que habría de ser su marido.

—El hombre a quien estás predestinada es el conde Ramón Borrell de Barcelona, cuya sangre descende de un tronco común a nosotros, la del conde Bello I de Carcasona y

Barcelona, que data de antes de 812. Nada que ver, como comprenderás, con los advenedizos francos del norte, puesto que ya entonces nuestra bendita tierra formaba parte de la Septimania, que había aceptado la cultura latina.

»Cuando Almanzor se apoderó de Barcelona, pasamos verdadera zozobra. Fueron tiempos terribles, en los que temimos que el moro no se pararía en los Pirineos. —Su madre había adoptado un tono de voz solemne—. A Carcasona le conviene tener el flanco sur bien cubierto, sobre todo cuando se trata del Islam, y la moneda de cambio eres tú: la futura señora de Foix y de Narbona. Tu futuro esposo es conde de Barcelona, Gerona y Osona, un valeroso guerrero muy capaz de defender nuestras fronteras, con más ahínco aún si son las de la casa de su esposa.

Ermesenda recordaba todo aquello mientras reposaba su fatigado cuerpo en el salón contiguo a la torre del homenaje. Su espíritu inquieto deambulaba por los recónditos recovecos de su memoria. La escena era tan vívida que le dolía el corazón al recordarla.

Entonces le vino a la mente una frase de su madre:

—No importa, hija mía, que todavía no le ames. Yo no conocía a tu padre cuando me casaron con él y he sido muy feliz. Sólo te diré una cosa: cuando te abras de piernas, piensa en Carcasona.

Primera edición: febrero, 2008

© 2008, Chufo Lloréns Cervera

© 2008, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.